

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

EL RIO DE SANGRE.

LEYENDA AMERICANA

POR ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

CAPITULO I.

LOS INDIOS DEL GRAN CHACO.

En las comarcas septentrionales de la República Argentina, cerca de las fronteras del Paraguay, existe un río de no pequeña importancia, que formando el límite meridional del territorio conocido con el nombre de Gran Chaco, une sus aguas á las del Paraguay para engrosar con sus caudales, algunas leguas mas al Sur, la impetuosa corriente del río Parana.

Llamáse geográficamente *Río Bermejo*, pero los habitantes de aquel territorio, especialmente los indios, le conocen con el nombre de *Río de Sangre*. Una y otra denominación tienen origen en el color rojizo de sus aguas, y aunque las personas ilustradas atribuyen esta particularidad á la disolución de tierras arcillosas de color mas ó menos rojo, las gentes sencillas é ignorantes, refractarias siempre á las explicaciones científicas y aficionadas en extremo á creer en lo maravilloso, aseguran que las aguas del río han tomado aquel color por disposición divina, para recordar eternamente una horrible matanza llevada á efecto en sus orillas por una de las tribus de indios del Gran Chaco.

Así como la tradición de *La Estrella del Sur* flota, por decirlo así, sobre las ruinas de Mendoza, la titulada *El Río de Sangre* vive en las rojizas aguas del Bermejo; y si aquella es la manifestación del carácter poético y romancesco del gaucho de las Pampas, ésta pone de relieve la índole sombría, vengativa y cruel del indio de Parana.

Las márgenes del río Bermejo estaban hace muchos años habitadas por una tribu poderosa, de la cual solo quedan hoy algunos restos; esta tribu era la de los *avipones*, la mas fuerte, la mas guerrera de todas las que poblaban el Gran Chaco. Viviendo en continua guerra con las tribus vecinas y con los blancos del Paraguay y de Buenos Aires, estos indios han sido al fin exterminados casi por completo, y si aún quedan algunos restos del antiguo y valiente pueblo indígena, no se encuentran ya en las comarcas que fueron la cuna de sus padres, sino en las regiones mas septentrionales del territorio, cerca de las fronteras de Bolivia, donde ha ido á ocultar su vergonzosa impotencia.

No se crea, sin embargo, que los blancos han podido ocu-

par por esto las comarcas del Gran Chaco. Los *tobas*, los *guaycuros*, los *lenguas* y otras tribus indias continúan defendiéndolo con un valor indomable, y aunque cuatro diferentes naciones, el Brasil, la Plata, Bolivia y el Paraguay han disputado y disputan todavía acerca de su posesión, esta disputa se hace ridícula cuando se reflexiona que ninguno de los litigantes ha podido sentar su planta en el territorio que se adjudica, ocupado aún por los indios, á quienes la posesión sirve de título.

Los indígenas del Gran Chaco, y especialmente los *avipones*, son altos, esbeltos, musculosos y muy bien formados. Sus facciones son graciosas, sus ojos negros, su nariz aguileña, su continente grave y digno y su color oscuro, aunque no mucho mas que el de los españoles y portugueses de su frontera, tan orgullosos de su blancura. Las mujeres, al contrario de lo que generalmente se vé en las indias, no tienen nada de repugnantes, y puede asegurarse, sin temor á equivocación, que son las mas hermosas del bello sexo americano indígena.

Sus trajes son extremadamente sencillos, especialmente los del hombre, que no se desfigura con adorno alguno; las mujeres se engalanan con pendientes y collares, y aunque sus ropas parezcan un tanto exiguas, pues se reducen á un tonelete ó túnica que apenas cubre el pecho y no baja de las rodillas, no por eso tienen algo de deshonesto. Algunos se pintan y graban el cuerpo, si bien esta costumbre no está generalizada; pero en cambio; los hombres se afeitan el pelo sobre la frente y al rededor de la cabeza sin dejar mas que la masa flotante de la coronilla, y se arrancan las cejas y las pestañas, creyendo que su mirada es de este modo mas fija y penetrante.

Su carácter es una mezcla de buenas y de malas cualidades. Son vengativos, sanguinarios y extremadamente aficionados á la guerra; viven del robo y del pillaje, pero en cambio son mas hospitalarios que los mismos árabes y respetan escrupulosamente los tratados y los pactos que hacen á veces con los estancieros y plantadores blancos del Paraguay y de Corrientes.

Estos indígenas son nómadas y no tienen otros medios de subsistencia que la pesca y la caza; pero antes de haber sido arrojados al corazon del desierto, cuando habitaban las margenes del rio Bermejo, vivian, bajo la autoridad de jefes reconocidos y respetados por toda la tribu, en aldeas fijas compuestas de numerosas cabañas, en torno de las cuales se veían pequeños campos cultivados.

A mas ó menos distancia de estas aldeas existian granjas y plantaciones explotadas por colonos españoles, con los cuales vivian los indios en perfecta paz; sin embargo, algunas veces ésta se alteraba, y preciso es confesarlo, nunca era el indio quien tiraba la primera piedra. Las vejaciones que sobre ellos trataban de ejercer los conquistadores españoles, la violacion de su territorio por los blancos y otros motivos de semejante índole, daban lugar á sangrientas escenas, y si es cierto que en ellas el indio hacia alarde de una ferocidad verdaderamente salvaje, mas dignos de censura nos parecen con todo los plantadores y soldados blancos que, siendo representantes de la civilizacion, olvidaban sus humanitarias leyes para oprimir y vejar á los desgraciados indígenas.

Dispéñenos el lector que tanto nos hayamos extendido en estos antecedentes, que hemos creído necesarios, atendida la índole de nuestra obra, y demos principio á la anunciada leyenda.

CAPITULO II.

LA JOVEN INDIA.

Era una hermosa tarde de verano.

El astro del dia, inclinándose hácia su ocaso, lanza obliquamente sobre las hermosas florestas americanas la luz vivificante de sus rayos, que reflejan centellando en las intranquilas aguas del rio Bermejo.

Mécense los árboles á impulso de una brisa suave y perfumada con todos los aromas de aquella naturaleza virginal, y al monótono murmullo del follage se mezcla el blando susurro de la corriente.

Las mas hermosas flores ostentan sus bellos matices, balanceándose graciosamente sobre sus tallos, y un mundo de diminutos y bellísimos pájaro-moscas se agita en torno de sus cálices, hundiendo en ellos su afilado pico para extraer su dulce almíbar.

Entre las cañas se escucha el trino de los jilgueros y las alondras, y la verde cotorra deja oír su interminable charla en lo más intrincado del bosque.

La delgada voz de la ardilla y el melancólico arrullo de la paloma contribuyen al inimitable concierto.

A lo lejos, en la espesura, se escucha el feroz rugido del jaguar, y entre los juncales de la margen del río se percibe el entrecortado y estertoso resoplido del caiman.

El ágil mono salta ligeramente de rama en rama, y desde su altura contempla descuidado á la venenosa serpiente de cascabel, que arrastra su manchado cuerpo por el césped.

Los cabiales se sumergen alegremente en el agua, y su zambullido hace levantar un bando de aves rapiferas, que huyen lanzando penetrantes graznidos.

Un estrecho sendero que sigue las desigualdades de la orilla del río conduce á un pequeño claro de la selva y se pierde luego entre la espesura; pero nadie aparece en él, ningún sér humano turba con su presencia el armónico concierto de aquella naturaleza primitiva.

De pronto aparece en escena un extraño personaje.

Es una mujer, ó por mejor decir, una niña, pues apenas cuenta quince años.

Su color fuertemente moreno, su nariz aguileña y sus largos cabellos negros que se extienden cubriendo su espalda, revelan á primera vista que pertenece á la raza india.

Y como la hermosura no es patrimonio esclusivo de ninguna raza, la jóven india es hermosa como una ilusion.

Sus ojos grandes, negros, y lánguidos, tienen una mirada tan dulce como un sueño de amores.

En sus lábios, tan rojos como los pétalos de la amapola,

luce una sonrisa melancólica, suspirante, llena de hechizos y tentaciones.

Nada más seductor que la redondez de sus hombros, nada más elegante que su flexible cintura, esbelta y cimbradora como el tronco de una palmera.

Adivinanse las formas purísimas de su seno, y son admirables los contornos de sus piernas y de sus brazos, que lleva completamente desnudos.

Su traje es sencillísimo, pero sumamente pintoresco.

Cubre su cuerpo una túnica de algodón, teñida con el color del anoto, que se prende sobre los hombros y no pasa de las rodillas, careciendo de mangas.

Un plumerito hecho con las rojas plumas del cardenal adorna sus cabellos, y en sus orejas se ven pendientes formados con fibras de palmera que se arrollan en espiral.

Un collar de huesecillos pulimentados ciñe su redonda garganta, y de la misma materia son los brazaletes que luce en las muñecas y en los tobillos.

La hermosa india cruza ligera como una corza por el claro, y vá á sentarse sobre el carcomido tronco de un árbol derribado.

Apoya el brazo en una rodilla, y descansa su frente en la palma de su pequeña mano.

Parece sumergida en una profunda meditacion.

Sin embargo, cuando alguno de los rumores del río ó de la selva llega á su oído, la jóven india levanta repentinamente la cabeza, un relámpago de júbilo brilla en sus negros ojos, y su mirada se fija con cierta ansiedad en la salida del sendero.

Pero aquellos rumores se desvanecen, y la hermosa niña exhalando un suspiro, vuelve á su reflexiva actitud.

¿Espera á su amante la vírgen de los bosques?

No es posible dudarlo: la impaciencia que se advierte en su semblante lo revela de una manera muy clara.

Escúchase al fin el rumor de las pisadas de un caballo; la india dirije su mirada á la entrada del sendero, y sus ojos brillan con un relámpago de amoroso júbilo al ver aparecer entre los árboles un bizarro jinete.

Era el nuevo personaje un jóven como de veinticuatro años, alto, robusto y de continente altivo. Sus facciones correctas, sus cabellos castaños y su color ligeramente moreno, daba á conocer su origen español; un bigote cuidadosamente aliñado sombreaba sus lábios que se plegaban con expresion desdenosa, y en sus negros ojos brillaba una mirada llena de orgullo y de altanería.

Vestia una casaca de color claro al gusto de la época, pues los sucesos que referimos tuvieron lugar en el último tercio del pasado siglo, y sus solapas abiertas permitían ver una chupa de seda ligeramente bordada y una riquísima camisa con chorrera de encaje. Unas botas de campana, un calzon de punto blanco y un sombrero de fina paja completaba su traje.

Comprendíase, al ver el cuchillo de monte que pendía en su cintura, el frasco de pólvora que colgaba en su hombro y la larga escopetá que tenia en la mano, que habia pasado una parte del día cazando, y así lo demostraban algunas aves que iban colgadas del arzon de la silla, unidas al cadáver de una pequeña corza.

El jóven detuvo su caballo en medio del claro, echó pié á tierra y se acercó á la india, que le enviaba una mirada y una sonrisa llenas de dulzura.



¿Me esperabas, Cora?

—¿Me esperabas, Cora? preguntó el español deteniéndose ante la india y mirándola fijamente.

—Sí, joven blanco, respondió la niña; Cora adivina cuándo corres el bosque, y sale á tu encuentro.

—¿Tienes algo que pedirme? volvió á preguntar el español.

—Oh! Sí, la virgen de los bosques tiene algo que pedir al hermoso cazador blanco; pero el hermoso cazador, en vez de preguntarlo, debiera adivinar lo que la virgen de los bosques tiene que decirle.

Don Gonzalo, que así se llamaba el joven, comprendió en el acento de tierna reconvenccion con que la india pronunció estas palabras, algo de lo que pasaba en el fondo de su alma y dejó ver en sus lábios una orgullosa sonrisa.

Pero no dijo una palabra, y despues de algunos momentos de silencio, la india, que esperaba una respuesta, repuso:

—¿No adivina el cazador blanco lo que quiere la virgen de los bosques?

—No, Cora, soy muy torpe, respondió don Gonzalo, de cuyos lábios no se borraba la sonrisa.

La joven india movió lentamente la cabeza, y dejó ver en su semblante una leve expresion de pena.

—Si el joven blanco no adivina los sentimientos de Cora, dijo con un acento triste como el arrullo de la tórtola, es inútil que Cora los manifieste, porque el joven blanco no los comprenderá ó no querrá comprenderlos.

—Me tratas con demasiada severidad, Cora, respondió don Gonzalo; siempre he sido tu amigo, y si quiero escuchar de tus lábios la expresion de tus sentimientos, no es porque no sea capaz de comprenderlos y hasta adivinarlos, sino porque temo equivocarme en mis juicios.

La hermosa india dejó ver en sus labios una sonrisa llena de dulzura y exclamó:

—Si el hermoso cazador quisiera permanecer algunos momentos al lado de Cora, la virgen de los bosques le daría á conocer el estado de su alma.

Don Gonzalo, sonriendo siempre, fué á su caballo, ató sus riendas á las ramas de un arbusto, y sin pronunciar una palabra volvió al lado de la india y se sentó en el tronco junto á ella.

—Ya te escucho, Cora, le dijo, hazme saber lo que deseas.

BIBLIOTECA DE DON GONZALO

—Y no engañar á la hermosa india, que me ha dado su confianza.

—Soy hombre de honor, Cora, y un hombre de honor no miente nunca.

—Lo juró el cazador blanco por el Dios de sus padres por su Dios.

Don Gonzalo pareció vacilar un momento, como si le reprimiera á temerosa empujar una promesa formal y solemne.

CAPITULO III.

—Si Cora, lo juró por el Dios de sus padres.

La india, pensando como todas las mujeres que aman, conoció en la mirada con que don Gonzalo había pronunciado su juramento.

UN AMOR SEMI-SALVAJE.

—Ella expresión de disgusto era tan dolorosa, que el español tuvo lástima de la bella india.

—Cora, le dijo asiendo una de sus manos y estrechándola.

La hermosa india dió á su semblante una expresión dulcísima, y fijando en don Gonzalo una mirada seductora, por lo tierna, por lo profunda, por lo brillante, dijo con el tono enfático peculiar de los indígenas americanos:

—El corazón de la virgen de los bosques está herido, joven blanco, y solo tú puedes devolverle la paz y la tranquilidad que ha perdido. ¿Quiere el valiente cazador ser el arroyo de agua cristalina que calme la ardiente sed de la joven india?

El español volvió á sonreír, comprendiendo claramente lo que se ocultaba bajo las poéticas palabras de la niña, y respondió:

—Seré para tí lo que quieras que sea, bella Cora.

—¿Y no engañará el cazador blanco á la vírgen india? preguntó la jóven.

—Soy hombre de honor, Cora, y un hombre de honor no miente nunca.

—¿Lo jura el cazador blanco por el Dios de sus padres, por su Dios?

Don Gonzalo pareció vacilar un momento, como si lo repugnase ó temiese empeñar una promesa formal y solemne, pero al fin respondió, si bien con una expresion que demostraba que sus palabras no eran sinceras:

—Sí, Cora; lo juro por el Dios de mis padres.

La india, perspicaz como todas las mujeres que amanconoció en la frialdad con que don Gonzalo habia pronunciado su juramento, la repugnancia que habia en su corazon, y movió lentamente la cabeza.

Aquella expresion de disgusto era tan dolorosa, que el español tuvo lástima de la bella india.

—Cora, la dijo asiendo una de sus manos y estrechándola con ternura, no dudes de mí; hace mucho tiempo que te amo, y mi aspiracion mas dulce, mi deseo mas ardiente es que mi amor te haga feliz.

No pareció Cora quedar muy satisfecha con esta respuesta, y despues de un momento de silencio, repuso:

—La vírgen de los bosques quiere poseer por entero el corazon del cazador blanco.

—A nadie amo mas que á tí, mi adorada Cora, respondió don Gonzalo.

—¿No hay ninguna dama de blanca piel que robe á la jóven india el corazon de su cazador? preguntó la niña fijando en el rostro de don Gonzalo la penetrante mirada de sus ojos negros.

—Ninguna, respondió el español; mi corazon es tuyo, solo tuyo.....

—El cazador blanco miente, respondió Cora, en cuyos ojos brilló un relámpago sombrío; la vírgen de los bosques se ha acercado muchas veces á los jardines de la granja del cazador, y ha visto á su lado una dama blanca, una hermosa jóven de quien parecia enamorado. ¿Por qué engaña el cazador blanco á la vírgen de los bosques?

—Yo no te engañe, Cora, respondió don Gonzalo bajando los ojos ante la profunda mirada de la niña.

—¿Quién es entonces la jóven blanca que he visto al lado del cazador? preguntó Cora.

—Es mi hermana.

—¿Tu hermana!

—Sí, Cora. El cazador blanco miente, volvió á decir con acento de amargura la india; el cazador blanco miente y hace mal en mentir. Cora ha preguntado á varios esclavos del cazador, y sabe que el cazador no tiene hermanas.

Don Gonzalo hizo un gesto de contrariedad, y guardó silencio.

—¿Por qué engaña el cazador blanco á la vírgen de los bosques? volvió á preguntar la india con un acento de tierna severidad.

—No te engañe, Cora, respondió don Gonzalo; si tú conocieras las costumbres de mi patria, comprenderias la verdad de mis palabras. Es cierto que mis padres no han tenido otro hijo que yo; es cierto que esa jóven blanca no es sangre de mi sangre; pero hemos crecido juntos, hemos pasado juntos los primeros años de la vida, hay entre nosotros un

cariflo de hermanos, y en mi patria son hermanos del corazón los que viven como nosotros hemos vivido.

—¡Ah! exclamó la india, es tu amigo.

Aquella explicacion no hubiera satisfecho á una mujer que conociera las costumbres de la vida civilizada; pero don Gonzalo sabia perfectamente que con ella podia engañar á Cora.

Los indios rinden á la amistad un culto que tiene mucho de fanatismo; entre ellos, los amigos son verdaderos hermanos, más unidos y cariliosos á veces que los hermanos de sangre, y don Gonzalo, que conocia esta buena cualidad del pueblo americano, sacó partido de ella para desvanecer las dudas de la india.

Y lo consiguió.

Cora quedó satisfecha, y si en el fondo de su alma habia aún algun resto de desconfianza, la expresion de sinceridad y de franqueza que vio en los ojos de don Gonzalo bastó para disiparla.

Una sonrisa llena de voluptuosidad y de dulzura lució en los labios de la hermosa india, que dijo:

Cora ignoraba que los hombres blancos tuviesen amigos como los indios del desierto: el jóven cazador deba perdonar á Cora si le ha ofendido.

Don Gonzalo sonrió, y despues de un momento de silencio preguntó á la india:

—¿Debe creer que me amas, Cora?

—Sí, respondió con un acento dulcísimo la india; la vírgen de los bosques ama al cazador blanco como las flores aman al sol, como las aves aman el espacio. La vírgen de los bosques quiere vivir al lado del cazador blanco, y vagar con él por las selvas, y correr á su lado tras la corza, y repo-

sar con él bajo los árboles despues de la caza. La jóven india quiere mirarse en los ojos de su amado, y vivir enlazada á él como la liana al tronco del caobo.

—Eso es imposible, Cora, dijo don Gonzalo.

—¡Imposible! ¿Por qué? preguntó la niña.

—¿Acaso quieres abandonar la aldea de tus hermanos indios y vivir bajo el techo del hombre blanco? exclamó el español.

—¡Oh! No, respondió sonriendo la niña; yo no podria vivir, me ahogaria entre las paredes de tu granja; yo necesito la libertad de la selva, la frescura del rio, el canto de los pájaros, el olor de las flores que perfumaron mi cuna. No; la vírgen no abandonará sus bosques, no se alejará de sus hermanos indios; pero el cazador blanco saldrá de su granja por el amor de Cora, irá á vivir con ella en la choza de ramas de los avipones y será el guerrero mas ilustre entre los guerreros de mi tribu. ¿No quiere esto el blanco amante de Cora?

Don Gonzalo movió lentamente la cabeza en ademan negativo.

—Niña, dijo, lo que quieres es una locura; yo no puedo dejar las comodidades, el regalo; las costumbres de la vida civilizada por los trabajos y los peligros de la existencia salvaje de tus hermanos. Por el contrario, si quieres abandonar la choza india y vivir á mi lado bajo el techo de mi granja, allí encontrarás todo lo que puede hacer dulce la existencia, tendrás esclavas que te sirvan.....

—Allí seré esclava, aquí soy libre, interrumpió moviendo la cabeza la india.

—Allí serás libre tambien, replicó el español; todos mis esclavos se dedicarán á servirte, á satisfacer tus caprichos,

á llenar tus deseos; nuestra existencia se deslizará dulce y tranquila como las aguas del arroyo entre las flores, y el cazador blanco morirá de amores mirándose en los ojos de la vírgen india.

Cora no respondió, y don Gonzalo creyó notar en ella una leve vacilacion.

Al fin, despues de algunos momentos de silencio dijo la india:

—La vírgen de los bosques no está segura del amor del hombre blanco, y teme verse engañada y reducida á la esclavitud. Que el cazador blanco siga viniendo todos los dias á este sitio para que Cora le vea y escuche su voz, y cuando la vírgen india esté convencida de la pureza del amor del hombre blanco, entónces abandonará la toldaría de sus hermanos los avipones, é irá á vivir bajo el techo de tu granja.

—¿Lo juras? exclamó con acento de júbilo el cazador.

—Lo juro por el Dios de mis padres, respondió solemnemente la india; pero si me veo engañada, si en vez de amor solo encuentro bajo tu techo esclavitud y desprecios..... ¡ay de tí y de los tuyos, cazador blanco, porque la venganza de la vírgen india hará enrojecer con sangre las aguas de este rio!

Diciendo esto, Cora se levantó del tronco disponiéndose á marchar.

—¿Te alejas ya? exclamó don Gonzalo.

—Sí; el sol se oculta y mi cabaña está léjos, respondió la niña.

—¿Te veré mañana?

—Todas las tardes en este mismo sitio, Cora esperará á su amante, respondió la india.

Don Gonzalo se puso de pié, y ántes de que la jóven pudiera impedirlo, rodeó con uno de sus brazos su esbelta cintura, la atrajo hácia sí y la besó en la boca.

—¡Adios! murmuró la niña desprendiéndose de los brazos del español.

—¡Adios! respondió don Gonzalo.

Cora, saltando como un cervatillo, desapareció rápidamente entre la espesura; don Gonzalo se acercó á su caballo, cabalgó y penetró en el sendero, dirigiéndose lentamente á su granja.

don Gonzalo... y antes de que se fuese...
 — Adios, respondió don Gonzalo.
 — Adios, respondió don Gonzalo.
 Con esto se acabó un certamen...
 lo entre la escuela don Gonzalo se acordó a un caballo...
 caballo y se retiró al campo...
 un gran...

BIBLIOTECA DE DON ALFONSO
 V. N. V. O.
 ANTONIO...
 1825

Ante la noche...
 — Adios, respondió don Gonzalo.
 — Adios, respondió don Gonzalo.
 Con esto se acabó un certamen...
 lo entre la escuela don Gonzalo se acordó a un caballo...
 caballo y se retiró al campo...
 un gran...

BIBLIOTECA DE DON ALFONSO
 V. N. V. O.
 ANTONIO...
 1825

CAPITULO IV.

LA GRANJA DE DON GONZALO.

A media legua del claro donde habia tenido lugar la conferencia de Cora con el jóven español, el bosque terminaba bruscamente para dar lugar á una extensa pradera, donde pastaban algunos rebaños de bueyes y carneros, guardados por gauchos y custodiados por grandes mastines.

Al salir del bosque, don Gonzalo puso su caballo al galope, á fin de llegar á su casa antes de que cerrase la noche, y no tardó en atravesar la pradera, llegando poco despues al límite de las tierras cultivadas pertenecientes á su plantacion.

Veíase á poca distancia la granja, que era un edificio de piedra y ladrilos, blanqueado con yeso, de un solo piso, como lo son todas las casas de campo en América, y con balcones y ventanas en las cuatro fachadas, lo que la hacia asemejarse en cierto modo á una inmensa jaula.

Ante la fachada principal se extendía un magnífico jardín, dispuesto con bastante gusto, y una ancha calle flanqueada por dos filas de arbolillos conducía á una escalinata de piedra sobre la cual se abría la gran puerta de entrada.

Las otras tres fachadas daban á diversas dependencias del establecimiento.

Don Gonzalo atravesó las tierras cultivadas, adelantó por la ancha avenida y se detuvo ante la puerta de la casa.

El ruido de los pasos de su caballo hizo acudir algunos negros, uno de los cuales tomó las riendas del animal, conduciéndolo á las cuadras.

El cazador penetró en el espacioso zaguan, subió unas escaleras y penetró al fin en un gran salon, decorado con lujo y riqueza, en el cual se hallaban algunas personas.

Era la primera un hombre de cuarenta y cinco años, alto, robusto, y en cuyas facciones se advertía una gran semejanza con don Gonzalo; comprendíase sin grande esfuerzo que era su padre; llamábase don Lorenzo Acebedo, y pasaba por uno de los propietarios mas ricos del virreinato de Buenos Aires. Los que á su lado estaban eran un caballero de su misma edad, poco mas ó menos, y un jóven de unos veinte años cuyo parecido demostraba igualmente que eran padre é hijo.

Este último estaba en traje de caza y el polvo que cubria sus altas botas acampanadas revelaba que hacia pocos instantes que habla dejado su caballo.

Un negro acababa de encender la magnífica lámpara de seis brazos que pendía del techo de la habitacion.

Bajo ella, en medio de la sala, se veía una mesa espléndidamente servida.

Al mismo tiempo que entraba don Gonzalo, por otra puer-

ta entró tambien en la estancia una bella jóven completamente vestida de blanco.

Su hermosura era espléndida: tenia la tez blanca, pero con ese blanco ardiente, nacarado, tentador, que solo se encuentra en las españolas; los ojos negros, rasgados, lucientes; la nariz lijeraamente aguileña; la boca pequeña, resada, plé-gada por una sonrisa desdeñosa; los cabellos negros, con reflejos azules como las alas del cuervo; la cintura esbelta y delgada, los brazos perfectamente torneados, y las manos sumamente pequeñas.

Vestia una lijera y elegante bata blanca de batista que dejaba ver su magnífica garganta y el nacimiento de un seno tentador, y entre sus cabellos, peinados en largos y flotantes rizos, llevaba una escarlata, la flor campanilla del *quamoelit*, que parecia querer rivalizar con el color de sus mejillas.

—¡Ah! dijo la hermosa al ver á don Gonzalo; ya está de vuelta nuestro cazador.

Don Gonzalo arrojó sobre una silla su sombrero y su cinturón con el cuchillo de monte, y respondió sonriendo:

—Hubiera podido estar aquí hace mas de una hora, pero me ha detenido en el bosque una aventura sumamente extraña.

—¿Y os apoderásteis al fin de la corza? preguntó el otro jóven que se llamaba don Francisco y era hermano de la hermosa niña.

—Ya lo oree, respondió el cazador; sería la primera vez que se escapase un animal perseguido por mí. Pero, ¿cómo no me seguisteis al bosque? Vuestros caballos no eran inferiores al mio.....

—No fué culpa de nuestros caballos si nos separamos de vos, respondió don Francisco; la verdad es que Blanca temió

internarse en la selva, creyendo sin duda que detras de cada árbol se oculta un jaguar ó un yacaré.

—¿Es cierto eso, mi querida Blanca? preguntó don Gonzalo dirigiendo á la jóven una dulce sonrisa.

—Confieso que sí, amigo mio; respondió Blanca; no hubiera temido seguiros si se tratara de forzar un jabalí ó un venado en nuestros bosques de Estremadura; pero no llega mi valor hasta el punto de internarme en estas terribles selvas americanas, tan llenas de indios y de animales feroces.

Vagó una sonrisa en los labios de don Gonzalo.

—No creais eso, Blanca, replicó; en España se tienen, respecto de estos países, preocupaciones que no reconocen el menor fundamento. Es verdad que en nuestros bosques americanos se encuentran animales dañinos, pero no llega la cosa hasta el punto de que salten bajo los piés. Dos años hace que vivo aquí, paso en la selva la mayor parte del dia, y sin embargo, puedo aseguraros que ni con los indios ni con los fieras he corrido jamas el menor peligro.

Blanca hizo un gracioso gestecillo de incredulidad y no contestó.

—Cuando lleveis algun tiempo en América, continuó don Gonzalo, os convencereis de que nuestros hermosos bosques no son mucho mas peligrosos que los montes de Galicia y Estremadura. Si se tratase de las inmensas selvas del territorio brasileño, que poseen nuestros vecinos los portugueses, nada tendria de sorprendente vuestro temor, pues son verdaderamente peligrosas; pero entre ellas y las comarcas en que nos encontramos hay una diferencia inmensa, y os lo repito, no correreis en estos bosques, al ménos en los cercanos á las

plantaciones, mas peligrosos que los que pudieran amenazaros en nuestras montañas de Asturias.

—Sin embargo, replicó Blanca, he visto en la orilla del rio lagartos de gran tamaño, á los que llamais caimanes ó yacarés, y os confieso que solo su presencia me ha hecho agonizar de terror. Tambien he oido entre la espesura los rugidos del tigre, y los gauchos me han dicho que ese terrible animal es un vecino sumamente peligroso. Ya veis, mi querido don Gonzalo, que mis temores no son vanos y están muy lejos de ser infundados.

Don Gonzalo iba á replicar; pero en aquel momento los criados sirvieron la cena y don Lorenzo dijo:

—A la mesa, señores.